

1/17251

ENCUEN. N. D. JOSE MARIA DE ALOS Y DE BOLA

MANUSCRITOS DE ALOS

Releído en Madrid el 11 de junio de 1844

MADRID

IMPRESA DE D. ANTONIO MONTAÑA Y CAÑA

CALLE DEL CRISTO DE AGONIA, 10

PAP.

1 ~~LVI~~
~~A-41~~
1/17251

NECROLOGIA

DEL

EXCMO. SR. D. JOSE MARIA DE ALOS Y DE MORA,

MARQUES DE ALOS.

Falleció en Madrid el 17 de junio de 1844.

MADRID.

IMPRENTA DE D. AGUSTIN ESPINOSA Y COMP.

CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA, NUM. 51.



EL Ejército español acaba de experimentar la pérdida de uno de sus mas dignos generales. Ilustre en su nacimiento, entendido en sus deberes, denodado en el combate, generoso en todos sus actos, era el Excmo. Sr. Teniente General Marqués de Alós, un ejemplo vivo, una página palpitante de la historia militar de esta nacion heróica. Caballero en todos sus actos, de una lealtad y amor á sus Reyes que rayaba en idolatría, y con respeto profundo á las leyes del pais, contábase este venerable veterano como uno de los primeros y mas respetables ornatos de la Milicia. El que escribe estas mal trazadas líneas, que le ha amado con cariño filial durante su vida, y que respeta profundamente su memoria veneranda, cumple los impulsos de su corazon, y paga en una pequeña parte el justo tributo que se merecen sus esclarecidas virtudes, coordinando aunque imperfectamente la siguiente

NECROLOGIA.

El Excmo. Sr. D. José María de Alós y de Mora, Brú y Areny, marqués de Alós, noble mallorquin, caballero profeso de la orden de Santiago y de justicia en la de San Juan de Jerusalén; gran cruz de la real y militar de San Hermenegildo, y de tercera clase de San Fernando; condecorado con las de la batalla de Talavera, Fugas de Madrid, retirada con el duque de Alburquerque por el puente de Suazo, y otras no menos distinguidas por acciones de guerra; benemérito de la patria; individuo de la real maestranza de caballería de Sevilla; notario de los reinos; socio de número de la academia de buenas letras de la ciudad de Barcelona, y de las sociedades económicas de Amigos del país de la de Ecija é Islas Filipinas; gentil-hombre de Cámara con ejercicio de S. M. siciliana, teniente general de los ejércitos nacionales, y ministro escedente del tribunal supremo de Guerra y Marina,

descendiente de esclarecidas familias, nació en Palma, capital de Mallorca, el 2 de noviembre de 1765. A los siete años ya vestía el honroso uniforme militar, como cadete del regimiento de Dragones de Almansa, y á los once de edad pasó á la isla de Malta como caballero de justicia de aquella orden, en el navío de la religion, el *San Juan Bautista*. Al cumplir la de ordenanza pasó al regimiento de reales guardias españolas; y ya inspirado en su niñez por el carácter que nunca ha desmentido de militar valiente y pundonoroso, pidió y obtuvo la gracia de hacer su primer ensayo en la carrera, en las difíciles y penosas operaciones contra la plaza de Gibraltar. Al frente de aquella formidable peña, verdadera maravilla de fortificación en que se ostenta el poder del arte y el capricho de la naturaleza, se halló el jóven Alós desde 1779 hasta 1782, y su actividad y exactitud en el servicio, su entusiasmo por la carrera, su puntualidad y constante deseo de ser empleado en las ocasiones de mayor riesgo y fatiga, le dieron un lugar distinguido en el concepto y aprecio de sus gefes, é hicieron ver en él un digno descendiente de una familia, que perdida su antigüedad en la oscuridad de los tiempos, ha quedado, sin embargo, consignado en la historia, que por espacio de muchos siglos ha ocupado los primeros y mas importantes destinos del Estado. La paz de 1782 le permitió dedicarse al estudio profundo de la ciencia militar, y al efecto pasó á Barcelona, donde adquirió con incansable aplicacion los conocimientos y suma inteligencia que tanto le han distinguido en su larga y honrosa carrera. En 12 de junio de 1787 fue promovido á alférez en su regimiento, mereciendo por su disposicion y circunstancias la eleccion en su favor para el cargo de ayudante, que desempeñó sin interrupcion, hasta que en 1802 obtuvo el empleo de capitan de aquel distinguido cuerpo.

Se halló en la guerra del Rosellon, formando parte de las tropas españolas que invadieron la Francia el dia 7 de abril de 1793, con las que se encontró en el ataque y toma de Arles, paso del castillo de los Baños, ataque y toma del puente, pueblo y camino de Ceret, batalla de Masdeu, toma de Elda, ataque de las trincheras frente á Perpiñan en el campo de Nils, salida de Masdeu, paso del rio Tech bajo el fuego del cañon enemigo, ataque y toma del campamento de Cornellà de la Rivera, ataque y toma de Rivesaltes, batalla del mismo nombre; ataque y toma de las trincheras de Vernet, batalla del mismo nombre, defensa y retirada de Peirestortes, batalla de Trullàs, ataque de Santa Coloma; bri-

llante defensa de tres dias de las alturas del campo de Boulou, en cuyo sangriento hecho de armas murió de bala de cañon à su lado y en sus brazos el teniente general D. José Eslava; ataque y toma de las trincheras de Bañuls dels Aspres, en cuya gloriosa jornada se distinguió de modo tan notable, que en pública corte, fue recomendado su mérito por los tenientes generales marques de las Amarillas y príncipe Monforte, y obtenido en recompensa el grado de teniente coronel. Nuevamente campado en las alturas del Boulou, con tanta sangre regadas, sufrió por espacio de 86 dias el fuego de cañon del enemigo.

Establecidos los cuarteles de invierno, se situó en el canton de Argeles con su batallon de Guardias; pero tan generoso y caritativo en el descanso como bizarro y sereno en el peligro, no se avenia ociosa la actividad de que tantas pruebas dió en aquella primera campaña, y ejerciendo las funciones de mayor general de infanteria, à pesar de su corta graduacion, estableció bien entendidos hospitales, en los que consolaba y asistia con caridad verdaderamente cristiana à millares de soldados que le bendecian en el lecho del dolor, despues de haberle admirado en el campo de batalla.

Comenzada la segunda campaña el año 94, desempeñó en ella comisiones importantes de riesgo é inteligencia, que le merecieron distinguidísimo concepto de los primeros generales del ejército, concluyéndola por el sitio y defensa de la plaza de Colliuve, mandada por el mariscal de campo don Eugenio Navarro de Eguí, la que capituló y se rindió al ciudadano general Dugomier el dia 27 de mayo de dicho año. Prisionero de guerra y puesto en libertad bajo palabra de honor de no volver à tomar las armas en aquella campaña, pasó à guarnecer las plazas de Càdiz y Cartagena. De la última vino à Madrid con su batallon que estaba en cuadro; y usando del privilegio que tenia aquel distinguido cuerpo de reclutar en tiempo de quintas, à su paso por la Mancha reunió mas de seiscientos hombres, con los que entró en Madrid formando un batallon de paisanos; pero el primer ayudante Alós, à cuyo cargo estaba la instruccion y total organizacion, tuvo la honra de que Càrlos IV à los cuarenta y tres dias viése con sorpresa à su entrada en Madrid un batallon mas de Reales Guardias españolas formado en parada como por encanto, sin diferenciarse en nada de los demas del cuerpo.

Càrlos IV y Maria Luisa fueron à Sevilla el año 1800 à cumplir una promesa hecha al rey Santo; de allí pasaron à Badajoz el 1801 por haberse declarado al Portugal la guerra

que despues se ha llamado de las naranjas, por unas que el generalísimo príncipe de la Paz mandó desde Campo Mayor á SS. MM. Alós fué comisionado para acompañar á las reales Personas, y establecer en el tránsito la seguridad del palacio, y los reyes á cuyos oídos habia llegado el renombre que en el ejército se adquiriera, aficionáronse á él, y le honraron con su real aprecio y benevolencia, de que recibió en aquel entonces y en lo sucesivo pruebas infinitas, aumentadas posteriormente cuando, como recuerdo de los eminentes servicios prestados en Italia por su abuelo el teniente general marqués de Alós, mereció del rey de las Dos Sicilias en 1802 la llave de gentil hombre de cámara con ejercicio que habian tenido su padre y abuelo desde la conquista de aquel reyno en cuyo año fue igualmente promovido á capitán de guardias, y consiguientemente á coronel, efectivo de infantería.

Empezada la guerra con los ingleses el año 1804, marchó á San Roque, en cuyo campo permaneció dos años, y no atemperándose á su genio activo y laborioso la vida descansada de los cantones, se ocupó con provecho por encargo del Excmo. Sr. conde de la Haya Saint Hilaire en el exámen y arreglo de los fondos de propios, arbitrios y montes de aquella ciudad, cuya administracion no era buena, y trascurrido aquel tiempo, siempre utilmente empleado, regresó á la corte.

Permaneció en Madrid hasta el año de 8 que pasó con su batallón á formar parte del ejército que se reunia en Estremadura á las órdenes del teniente general marqués del Socorro para auxiliar las operaciones del francés que al mando del mariscal Junot debió entrar por Castilla á Portugal. Los españoles entonces con la buena fé y proverbial honradez que jamás han desmentido, ayudaban á sus encubiertos enemigos, dirigiéndose por Badajoz á la plaza de Setúbal, á la par que otros á las órdenes del general Tarancon lo verificaban á Oporto por Galicia. Con este auxilio de la generosidad castellana, penetraron los franceses en Portugal, y dejándoles nuestras tropas en pacífica posesion del país que ocupaban, regresaron á Madrid, verificándolo con ellas el coronel D. José María de Alós.

No tardaron mucho los franceses en descubrir las siniestras intenciones que abrigaban al aparentar la fingida y engañosa amistad con que lograron invadir la España y apoderarse de sus principales plazas; solo así y abusando de la buena fe y credulidad de los españoles, pudieron conseguirlo; pero

arrojada la máscara, descubierta su sed insaciable de dominacion y conquista, la España volyó de su letargo, y vieron por fin verdaderos enemigos á los que hasta entonces tuvieron por amigos y aliados: un grito de indignacion se extendió eléctricamente por los cuatro ángulos de esta tierra clásica de héroes, y los descendientes de los Alfonsos y Pelayos, á la voz de *viva nuestra Religion y viva el Rey*, se alzaron como un solo hombre, y dió principio aquella lucha gigantesca, una de las mas heróicas de nuestra historia, fecunda en hechos grandes y henchida de recuerdos de gloria inmortal: lucha que dió por resultado la humillacion del capitan del siglo, del vencedor de Europa y la destruccion de sus brillantes y aguerridas tropas que se tenian por invencibles.

El coronel Alós, modelo de lealtad á sus reyes y de amor á su patria no podia mostrarse indiferente ni un instante dudoso del partido que á su estirpe cumplia, y así es que con grave peligro y eminente riesgo de su vida, se fugó de Madrid con catorce oficiales de su batallon, y con ellos se presentó á la suprema junta de Badajoz para servir como simples soldados en el ejército que allí se reunia; mandóle la junta organizar el 4.º batallon de Guardias, nombrándole su comandante, á cuyo empleo era anejo el carácter de brigadier. A la cabeza de la primera division del ejército que accidentalmente mandaba el mariscal de campo conde de Belveder, marcha á Burgos; reconocido el castillo y demas puntos, y á causa de la proximidad del ejército frances con el emperador Napoleon á su cabeza, salió al dia siguiente á formar al campo de Gamonal; establecidas las líneas, llegaron los enemigos, y empozó un terrible y encarnizado combate, en el que el batallon de Alós fue por dos veces deshecho por el mortífero fuego del cañon enemigo, y otras dos veces se volvió á formar bajo de aquel; pero el valor heróico no bastaba para resistir con tan escasas fuerzas á todo el ejército frances que obraba á las órdenes de Napoleon, y preciso fue ceder el campo, retirándose á Lerma. De orden del conde de Belveder marchó en posta á Aranjuez á dar cuenta de la desgraciada accion á la junta central; solo algunas horas permaneció en aquel real sitio conferenciando con el presidente conde de Floridablanca; y tomando otra vez la posta se dirigió á Somosierra donde suponía su ejército; pero sabido á su llegada que debia hallarse en Segovia, ni el cansancio, ni la noche, ni la abundante nieve que cubria los elevados riscos de aquel puerto, pudieron contener á Alós, ansioso de reunirse á sus camaradas y

compartir con ellos las penalidades de aquella lucha memorable ; y así es que á pie , descalzo , rendido de fatiga , y con eminente riesgo de su vida , llegó á Segovia y abrazó á sus compañeros.

Los franceses forzaron el punto de Somosierra , batieron las pocas tropas de San Juan , y marcharon sin detenerse á Madrid ; sabido esto por el general Heredia , salió de Segovia con direccion á la capital. Alós á la cabeza de dos batallones , marchó en el acto de llegar á defender el puerto de Navacerrada , pero habiendo pasado los enemigos sin tocar en él , recibió orden de retirarse á Galapagar con dos cañones que les apresó , habiendolo verificado pasando á la vista de sus avanzadas , y al llegar á dicho pueblo , cayó en medio de la calle , rendido á la fatiga , al sueño y al hambre , en cuya situacion pasó la noche. Al amanecer del día siguiente marchó el ejército al Escorial ; circunvalada la capital por los franceses y amotinada la tropa que á grandes gritos pedía caer sobre Madrid , preciso le fue al general ceder á las circunstancias ; pero al llegar al puente de Segovia , presentóse un edecán del general Morla participando la capitulacion de la M. H. V. A este aviso se dispersó todo el ejército con las voces de « ¡ traicion ! ¡ traicion ! » y en medio de desorden tan espantoso , en que tan grave riesgo corria la vida de los generales y gefes superiores , logró Alós , con su firmeza de caracter , y por el cariño y respeto que habia conseguido infundir á sus soldados , reunir su batallon , que á los dos días tenia completo en el puente de Almaráz : allí se fue incorporando el dispersado ejército , capaz por el valor personal de sus individuos de cuanto quisiera exijírsele , y víctima de las malas artes de génios díscolos y ambiciosos , que explotando su credulidad , y exaltando su fervoroso amor patrio , produjeron la escena que con dolor acaba de referirse , y de que desgraciadamente tantos ejemplos hubo en aquella guerra inmortal , sacrificándose por una estraviada exaltacion politico-religiosa á dignísimos generales , como en aquellos días lo fue el benemérito y bizarro D. Benito San Juan , sin mas motivo que no haber podido contener con un puñado de valientes en el puerto de Somosierra á todo el ejército frances con el primer capitan del mundo á su cabeza. Necesitábase un tacto especial para que ni los pueblos ni las tropas dudasen de la lealtad de los caudillos en momentos desgraciados , y Alós distinguiéndose en esto , como en todo lo que constituye su brillante historia militar , jamás dejó de merecer ilimitada confianza á sus súbditos y al país.

Reemplazado D. José Heredia por el general Galluzo en

el mando del ejército, dispuso darle otra forma arreglada à ordenanza, por lo que quitó el estado mayor y nombró cuartel maestro general y mayores generales, recayendo en el brigadier Alós la eleccion para mayor general de infantería. Obligando los azares de la guerra à abandonar el interesante punto de Almaráz, despues de haber cortado su magnífico puente sobre el Tajo, se retiró el ejército à Zalamea, y nombrado por la junta central general en gefe de él el teniente general D. Gregorio García de la Cuesta, mandólo reunir en Badajoz, lo organizó de nuevo, y en este arreglo confirmó en favor de Alós la eleccion de mayor general de infantería.

El 23 de enero de 1809 salió de Badajoz para abrir nuevamente la campaña, y despues de varios movimientos, se dió el 28 de marzo la sangrienta batalla de Medellín. Bien conocida es de los militares esta batalla en que tan varia é inconstante se mostró la suerte de las armas, puesto que estando ya ganada por los españoles, quedó el campo por el mariscal francés Victor, despues de morder la tierra millares de valientes de ambos ejércitos; muchos fueron los que se distinguieron en aquella memorable jornada; y la junta central, imitadora del Senado Romano, recompensó à los que, sin embargo de vencidos, habian acreditado su mérito militar en los difficilísimos momentos de la derrota; pero pocos se marcaron de un modo tan brillante como el brigadier Alós; sus relevantes prendas como soldado y como distinguido capitan fueron reconocidas de todo el ejército y su general en gefe; y por ellas, ademas del escudo de distincion que por concesion general obtuvo, mereció la cruz de tercera clase de San Fernando, tan apetecida como parcamente acordada en aquella época, y el ascenso à mariscal de campo.

Tal fue la dispersion despues de la batalla, que el ejército à su llegada à Llerena estaba reducido à 2000 hombres; pero en cambio, fue tanta la actividad de los dignos generales que lo mandaban, que à los pocos dias tuvo reunidos el general Alós y aparecieron en los estados que como mayor general de infantería dió al que lo era en gefe, mas de 30,000 infantes y varios regimientos de caballería.

Incorporado este ejército con el ingles y portugues que mandaba sir Arturo Wellesley, dieron la célebre y gloriosa batalla de Talavera, empezada à las cinco de la tarde del 28 de junio, y concluida el dia siguiente à las ocho de la noche, retirándose el ejército frances que mandaba el rey in-

truso José Bonaparte en persona ; siendo tanta la pérdida de los franceses , que solo para quemar sus cadáveres con objeto de evitar la putrefacción , necesitó emplear el general Alós cuatro batallones.

Reunido el ejército en Trujillo con el que estaba á las órdenes del teniente general D. Francisco Javier Venegas ; tomó el mando del total D. Francisco Eguía ; y situándose en Sierramorena , se proponía fatigar hábilmente al enemigo , pero relevado por el general D. Juan Carlos Areizaga , bajó á la Mancha , donde contra la voluntad y prudente consejo de Alós , se dió la desgraciada y tristemente célebre batalla de Ocaña , en la que fueron vencidos sin pelear.

Retirados despues á Despeñaperros , fue nombrado subinspector de infanterías y milicias , y seguidamente general empleado en el ejército : recibida orden de pasar á Sevilla , de cuya ciudad se retiraba la junta central , se reunió Alós con el general duque Alburquerque , y con él entró en la isla de Leon por el puente de Suazo , siendo declarado benemérito de la patria . Llegado á Cádiz , fue nombrado gobernador y comandante general de la plaza de Ceuta , y de todos los presidios de Africa : desde el 3 de marzo de 1810 hasta el 20 de febrero de 1815 , desempeñó este delicadísimo é importante mando , y seguramente forman estos tres años el período mas brillante de la dilatada y distinguida carrera militar de este veterano . Luchando con escaseces de todas clases , y con los enemigos exteriores é interiores , conservó al Estado las importantes plazas de Ceuta , Melilla , Alhucemas y el Peñon de Velez de la Gomera , envidiadas y codiciadas de moros , ingleses y franceses , quienes para el efecto no hubo resorte que dejasen de poner en juego , sin escasear el soborno por medio de crecidísimas sumas y las intentadas rebeliones que sofocó , y que sin menos actividad , celo é inteligencia hubiese sido fácil llevar á cabo por la calidad de la gente que formaba su guarnicion . Poco conocia la lealtad de Alós el general D'—Alvimar , cuando proponiéndole que reconociese á Napoleon , creyó obligarle con el ofrecimiento de la elevada dignidad de mariscal del Imperio : el general Alós era incorruptible ; á fuerza de sacrificios sin cuento y de un trabajo infinito , salvó aquellas ricas joyas , y la reputacion que por ello se adquirió fue tan grande , y el aprecio del gobierno tan distinguido , que llamado por la junta central , le honró con cargos de interes inmenso y de responsabilidad infinita , cuya ejecucion requerian un temple de alma especial , una firmeza de carácter poco comun , y una conviccion de prin-

cípios invariable; pero en aquellos momentos como en todos los de su vida, el bien del país ha sido el único norte de sus acciones y consejos, y así es que en aquel entonces, todo su afán, todos sus desvelos, se fijaron en reconciliar los ánimos y reducir todas las opiniones á una sola: lanzar á los franceses de nuestro suelo, y asegurar la independencia de la patria.

Después de haber sido gobernador de Cádiz, inspector de sus milicias y comandante general de sus depósitos, fue sucesivamente nombrado gobernador de la Coruña y de Sevilla, con otros mandos importantes, mereciendo la mas elevada consideración á los primeros hombres de aquella época, entre otros al lord Wellington, con quien estuvo en correspondencia y que no pocas veces se dirigió por sus consejos.

Restituido Fernando VII al trono que á costa de tanta sangre y tantos sacrificios le reconquistó esta nación magnánima y generosa, fue en la primera promoción ascendido á teniente general, y á la vez nombrado comandante general del campo de Gibraltar, cuyo mando ejerció cuatro años, renunciando en el intermedio la capitania general de Castilla la Nueva que le fue conferida.

Lleno de gloria, y después de tantos años de un no interrumpido y siempre importante trabajo de armas y de bufete, érale preciso algun descanso; y al efecto solicitó y obtuvo su cuartel para el Orcajo de Santiago, en la Mancha, donde tenia los intereses de su esposa, doña María Luisa de Haro y Haro, y la casa solar de su ilustre familia; pero poco pudo disfrutar del reposo que anhelaba, pues el 15 de junio de 1819 se dignó S. M. dispensarle su real confianza, nombrándole ministro interino de Guerra y Marina, obteniendo seguidamente título de notario de los reinos para formar como tal las capitulaciones matrimoniales con motivo del casamiento del rey con la princesa doña María Amalia de Sajonia. Trabajoso y en extremo espinoso fue el ministerio de la Guerra en aquel entonces, por haber ocurrido la sublevación del ejército reunido en Cádiz para pasar á Buenos-Aires á las órdenes del conde del Abisbal, á la que sucedió la de toda España que juró la Constitución del año 12. Hecha y admitida la tantas veces presentada renuncia de los ministros, el 20 de marzo de 1820 se restituyó el general Alós á la vida privada, víctima de persecuciones infinitas, que soportó con la resignación y tranquilidad de espíritu que solo infunde una conciencia pura y la religión bien cimentada.

El 22 de diciembre de 1824 fue nombrado capitán gene-



ral de Mallorca, su país nativo, en donde era respetada y querida su persona, y venerada la memoria de los Alóses, por haber sido capitán general de aquella isla, con grande aceptación del país, el dignísimo teniente general marques de Alós su abuelo. Estimado de los mallorquines y satisfechos todos sus deseos, fue removido por una calumnia que los enemigos del rey le levantaron, y á consecuencia de lo cual dejó aquel mando el año 28. Desengañóse por fin S. M.; y para probarle su real aprecio, le nombró en 15 de febrero de 1830 consejero del Supremo de la Guerra, y luego subdirector de la junta superior del Monte Pío Militar y de la suprema de caballería del reino. Estinguido todo y creado en su lugar el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, quedó Alós en la clase de escedente, en que se hallaba cuando falleció el día 17 de junio de 1844 á los 78 años, 8 meses y 15 días.

Este virtuoso español, este dignísimo general, honra y prez de la milicia española fue impávido en los peligros de la guerra, á la par que generoso con los vencidos, incansable en el trabajo, laborioso é infatigable en el bufete, modesto en los elevados puestos que ha ocupado y resignado en la adversidad; la estimación y aprecio de los buenos le ha acompañado al sepulcro, legando á sus afligidos hijos un nombre glorioso y ejemplos infinitos de digna imitación. Su denuedo á favor de la independencia de su patria lo ha sellado con su sangre y con todos los sacrificios que á un hombre exigir se pueden: el amor entrañable que profesó á sus reyes y sus eminentes virtudes como ciudadano, le han grangeado en las distintas épocas de su vida la estimación y aprecio de los cuatro soberanos á quienes con fidelidad nunca desmentida ha prestado sus servicios durante sus 65 años de carrera. La pureza de sus costumbres fué tal, que á pesar de haber desempeñado los primeros destinos del Estado, alcanzándole los últimos años de su vida las consecuencias funestas que consigo traen las convulsiones y revueltas civiles, y careciendo por ello del sueldo correspondiente á su situación, estaba falto hasta de lo preciso para su subsistencia; y este hombre venerando que despreció con indignación los millones con que intentarían comprar su lealtad, hubiera acabado en la indigencia, si al fin de sus días no hubiese heredado el marquesado de Alós que le produjera lo bastante para sus reducidas necesidades.

Después de prevenir con reiterado empeño en su última

voluntad, escrita de su puño, que su entierro fuese pobre y cual cumpliera à su caridad cristiana y à un caballero profeso de la órden de Santiago, de la que fue fiel observante, encareció à sus hijos el santo temor de Dios, el amor à la verdad, ódio à la mentira, lealtad à la Reina y ciega obediencia à las leyes, en cuya seguridad se entregaba tranquilo al juicio del Rey de los reyes. Sí, digno y venerable anciano, descansa en la mansion de los justos à donde tus virtudes te han conducido: buen hijo, fiel esposo, padre cariñoso, amigo sincero, todos te bendicen; y tus hijos, tu familia toda, al regar con sus lágrimas la tierra que encubre tus respetables y queridos restos, te ofrecen imitar tus virtudes para hacerse dignos de tu gracia y de tu nombre.

FRANCISCO DE MATA.



voluntad, escrita de su propia mano en cédulas, fuese noble
y cual cumplida a su voluntad, y a un espallado pro-
feso de la orden de Santiago, la que los del observante,
encarcelado a sus hijos, y a su tenor de Dios, el amor a
la verdad, odio a la mentira, lealtad a la Reina y ciega
obediencia a las leyes, en cuya seguridad se entregaba tran-
quilo al juicio del Rey de los reyes. Si, digno y venerable
anciano, desearas en la mansion de los justos a donde las
virtudes se han condecho: buen hijo, fiel esposo, padre
carinoso, amigo sincero, todos te bendicen; y tus hijos, tu
familia toda, al regar con sus lágrimas la tierra que encien-
te las respetables y queridas cenizas, te ofrecen inditar las
virtudes para hacerse dignos de tu gracia y de tu nombre.

FRANCISCO DE MATA.